

[Hydrea, la gota de agua descubriendo el mundo, tiene una experiencia parecida a la de mucha gente (sobre todo jóvenes) que por curiosidad y esnobismo, se meten donde no deben].

El toro bajó de nuevo su cabeza al río.

Varias gotas interpretaron que la espuma que se producía en la boca del animal, al beber el agua del río, era señal de lo divertido que resultaba aquello; pues ya he comentado que cuando estamos alegres formamos espuma y burbujas.

Me animaron a unirme a ellas para participar en aquella diversión. Me sentí atraída aunque con algo de recelo, pues aquella espuma no tenía un tono tan blanco como tenía la que formamos en la anterior caída múltiple; pero supuse que ese detalle no era de importancia ¿por qué no haría caso a mi primer impulso de rechazo?

Aprovechamos la corriente producida por la succión del animal y entramos en su boca.

Al principio parecía divertido, pues caíamos en una especie de túnel misterioso y oscuro, nos mezclábamos con comida allí almacenada, salíamos de nuevo a la boca, la luz de fuera permitía vernos unas a otras, otra vez dentro. Ese flujo y reflujo y el poquito de miedo cada vez que entrábamos en la oscuridad resultaba muy excitante.

Pero una de las veces que entramos en dicha oscuridad notamos que ya no salíamos hacia la boca sino que nos adentrábamos más al interior y fue horrible: notamos la presencia de fuertes ácidos.

Los primeros microácidos nos ilusionaron porque nos sentíamos enriquecidas. Como ya se sabe, nuestro enriquecimiento personal estriba en adquirir ciertos elementos que nos dan más solidez, más cuerpo y nos hacen más interesantes; aunque hay algunas avariciosas que solo quieren acumular y acumular sales y minerales terminando por resultar gotas bien pesadas, toscas e inútiles.

Pasadas estas primeras equivocadas ilusiones y sensaciones, el exceso de ácidos empezó a hacerse insoportable, nos sentíamos saturadas de algo que, muy al contrario de enriquecernos, estaba convirtiéndonos en verdadera basura líquida, nos estaba desintegrando.

Afortunadamente salimos de aquel lugar antes de que fuera demasiado tarde, pero empezamos a rodar por un larguísimo y cada vez más estrecho conducto en el que perdimos parte de los ácidos pero nos fuimos llenando de partículas de desperdicios y porquería que envilecía nuestra esencia.

No sé por cuantos sitios más pasamos, siempre en inquietante oscuridad, hasta que nuestro lento rodar se convirtió en una fuerte presión como si fuéramos a caer por los siete saltos.

De pronto una gran luz y salimos fuera. Fue exactamente como nacer de nuevo, pero cuando estuvimos en el suelo, empapando la hierba, nos dimos cuenta de que todas estábamos amarillas y muy densas, saturadas de tóxicos. Éramos pura basura.

Oímos el sonido de nuestras cantarinas compañeras del río. No debíamos estar lejos, pero no sabíamos cómo llegar hasta allí y con su ayuda voluntaria poder repartir entre ellas nuestra suciedad. Para cada una de ellas un poquito de porquería no significaba nada y nosotras quedaríamos limpias.

Estuvimos un buen tiempo esperando. En condiciones normales la tierra nos hubiera absorbido y hubiéramos cumplido con una de nuestras especialidades, pero en las condiciones que estábamos ni la tierra nos quería. Me sentí desolada, deprimida porque no servía para nada; ¡ya destruida sin casi haber empezado a vivir! ¡No debiera haber entrado nunca en ese antro de ácidos!